

Los mandarines se habían olvidado de hacer comparecer á varias familias cristianas de pescadores, que no tenían mas bienes que sus barcas y redes; pero habiendo sido denunciadas por los idólatras, se les propuso hollar con sus pies la imagen de Jesucristo ó sufrir la suerte de soldados. Es de advertir que ser soldado es allí la mas vil y miserable profesion. «Seremos soldados, gritaron á coro con entusiasmo al hacerles esta proposicion; sabremos morir, si es preciso, antes que cometer esa infamia.» Los mandarines se vieron materialmente sin saber que hacer al oír esta contestacion que no esperaban. Condenarlos á cuidar de los elefantes era ya inútil, pues los condenados á este castigo escedian con mucho al número de los que se necesitaban; destinarlos á las armas tampoco era oportuno, pues no había en aquel momento falta ninguna de soldados; por último, tenerlos encerrados en los calabozos, no tenían orden para hacerlo. Asi pues, el partido que tomaron fué el de ponerlos en libertad.

Nada es capaz de amortiguar el celo que Dios inspira á sus Apóstoles. Algun tiempo despues de la espulsion de los misioneros, dos de estos trataron de volver á su querida mision. Embarcáronse con este objeto en un pequeño barco chino que iba á Camboge, reino limitrofe á Cochinchina; pero apenas llegaron á alta mar, cuando se vieron atacados por unos piratas contra los cuales la tripulacion de su barca sostuvo denodadamente un combate de dos horas, entre cuya confusion se prendió fuego al buque; los marineros echaron al agua los botes, y cada cual buscó su salvacion en la fuga, menos los dos misioneros. Los piratas, que mas que á los hombres buscaban el dinero que estos llevasen, dejaron escapar las lanchas y abordaron el barco: el primer hombre que se les presentó á la vista fué un misionero, y en él se cebó su bárbaro furor, asesinandole inmediatamente: el otro misionero, al ver á su hermano bañado en su propia

sangre y sin vida, dobló resignadamente la cabeza ofreciéndose á la misma suerte: ya tenían en efecto, las cimitarras levantadas sobre su cuello, cuando el capitán pirata detuvo el brazo de los asesinos, y movido á compasion, mandó que nadie le hiciera el menor daño. Asi que los piratas se apoderaron de cuanto les vino á mano, tuvieron que abandonar precipitadamente el barco temiendo ser presa de las llamas, y dejaron al siervo de Dios en medio de ellas. Pero el Señor que nunca abandona á sus elegidos, inspiró á los piratas volviessen para sacar al misionero; así lo hicieron, y despues le dejaron en la playa de una tierra desconocida, en donde abrumado de dolor y de debilidad, permaneció algunas horas sin saber que camino tomar. Mientras lamentaba su triste suerte, vió venir á lo lejos dos barquillas que eran precisamente las lanchas en que se habían salvado sus compañeros de infortunio, y entonces el misionero, reuniendo todas sus fuerzas, hizo señas de que viniesen á socorrerle. Así lo hicieron en efecto, tomándolo en una de las barquillas, y despues le desembarcaron en una aldea cristiana de Camboge, en donde esperó una ocasion favorable para volver á Cochinchina.

Ya que hemos hablado de Camboge, referiremos aquí un episodio relativo á este reino, y que hemos encontrado consignado en un documento cuya fecha es de 1769.

Hacia tiempo que Píquel, obispo de Canata, vicario apostólico de Cochinchina y Camboge, deseaba hacer predicar el Evangelio á los habitantes de Camboge. El jóven misionero Levavasseur se dedicó por orden suya al estudio del idioma y escritura de este país; y despues de haber permanecido algun tiempo con el respetable prelado, partió para la provincia mas septentrional del reino. No bien hubo llegado, cuando entre los infieles empezaron á circular diversos rumores acerca de él. Unos decian: «Si nunca ha venido

ningun sacerdote europeo á vivir entre nosotros, ¿á qué viene ahora este? Él será causa de que el diablo nos haga sufrir alguna horrible hambre.» Otros decian que el misionero era un capitán de bandoleros, que había venido con objeto de sorprender á los hombres, matarlos y robarles la hiel y la sangre. Finalmente, un bonzo, talapuino, ó ministro idólatra del país, aseguró como artículo de fé, que el recién venido era de la raza de los gigantes, y que cuando le allí á tres ó cuatro años llegara á tener toda su estatura, se comería á todos los cambogianos sin dejar uno solo. Casi todos los habitantes, hombres y mugeres, niños y ancianos echaban á correr apenas le veían. Los cristianos entre quienes moraba se fueron á quejar de estas calumnias al gobernador de la provincia, y la respuesta de este cerró la boca á todos los enemigos de los misioneros, dándoles ocasion de cambiar su terror pánico en temores de mas seria consideracion. Efectivamente, aquel mandarin aseguró que conocia á los sacerdotes europeos, que sabia que eran unos sujetos llenos de probidad, y que tenia la mayor satisfaccion en saber que uno de ellos había venido á establecerse en su provincia; y por último añadió, que si le presentaban alguno de los que hablaban mal del misionero, mandaría le quitasen la vida.

Los cambogianos adoran no solo al sol y á la luna, sino tambien á la tierra. Asi es, que en aquel país es cosa casi imposible comprar un campo. Todas las personas á quienes Levavasseur hizo alguna proposicion para la venta de alguna tierra le respondieron, que no tendrían inconveniente en cambiarla por otra; pero que, como la tierra era una cosa sagrada, no podían venderla sin cometer un grave pecado: de manera que el misionero se veía en grandes apuros para adquirir un pedazo de terreno en que poder edificar un templo y una casa donde residir. Hallándose en esta situacion, el talapuino que le había anunciado como

gigante, vino á sacarle del embarazo. Casualmente se hallaba con su patron, que era cristiano, cuando vino aquel á visitarle, y Levavasseur tuvo ocasion de oírle proferir sus oráculos. Entre otras necedades anunció que el mundo se iba á concluir antes de tres ó cuatro meses, y que cierto dios había bajado del cielo y tomado la figura de una serpiente. Los cambogianos llenos de terror preguntaron al misionero qué opinaba acerca de aquella prediccion. Su dictámen no era difícil de dárle de comprender; Levavasseur no tenia que habérselas mas que con un insensato, que admirado al ver que él sabia leer los escritos cambogianos, declaró públicamente que el europeo tenia una memoria de *pra-en* (especie de ángel que aquellos idólatras suponen creador de la tierra), y que era un enviado suyo. El mismo bonzo le prometió que le haria adquirir un campo y en efecto cumplió su palabra; pues habiendo ido á verse con un hombre que de ningun modo queria vender el suyo: «Miserable, le dijo, ¿en qué piensas? ¿No sabes que ese europeo ha de llegar á convertirse en gigante, y si ahora no tratas de grangearte su amistad, llegará un dia en que te devorará sin compasion, á ti y á toda tu familia?» No fué preciso mas para que aquel hombre, sin que el misionero supiese nada de lo que había pasado, viniese con sus parientes á poner á su disposicion el campo contentándose con lo que por él quisiese darle; así que el asunto quedó arreglado á satisfaccion de ambas partes. Por manera, que los propios oráculos del demonio vinieron así á proporcionar sitio donde erigir un templo en que se enarbolara el sagrado estandarte de la cruz.

Aunque hacia mas de dos siglos que se había predicado por primera vez el cristianismo en Siam, sin embargo había hecho muy pocos progresos. Apenas llegaban á tres mil los cristianos diseminados por todo el reino, y aun la mayor parte eran oriundos de portu-



gües establecidos desde el siglo XVI en aquellas regiones, ó naturales de Cochinchina deportados á Siam en tiempos de turbulencias. El rey permitía á los extranjeros cristianos el libre y público ejercicio de su culto; pero prohibía á sus súbditos abrazarle. La grande influencia de los talapuinós ó bonzos en la educación de los siameses de todas condiciones y la indolencia natural de este pueblo, contribuían mucho á su aversión al cristianismo; sin embargo, la misión de Siam fué por mas de un siglo muy interesante por el seminario y colegio que establecieron en ella los primeros vicarios apostólicos franceses, Mr. La Mothe-Lambert, obispo de Berytho, y Mr. Pallu, obispo de Heliópolis, enviados en 1658 para organizar en la China, Tong-King y Cochinchina, etc., un clero de naturales del pais. Estos dos establecimientos padecieron sin embargo de cuando en cuando violentas persecuciones, hasta que por último fueron enteramente destruidos en 1767 por los barmas del Pegú, que asolaron el reino de Siam, y arrumaron la capital. Los bonzos ó talapuinós, considerando el cristianismo como la mayor calamidad que podia ocurrir á su secta (en lo cual no se engañaban), promovían continuas tempestades, que los misioneros procuraban con sus esfuerzos apaciguar. En 1730, la Religión se vió en mayor peligro que nunca por la apostasía de un eclesiástico siamés, y por haber mandado el rey y su ministro poner en la puerta principal de la iglesia católica una lápida, cuya inscripción prohibía: 1.º escribir libro alguno del cristianismo en siamés ó en balli; 2.º predicar el cristianismo á los siameses, á los peguanos y á los laos; 3.º exhortarlos á que se hicieran cristianos; y 4.º hablar mal de la religion de los siameses. El rey y su favorito habian querido obligar al obispo de Rosalia y á los misioneros á que designaran ellos mismos el sitio donde se habia de colocar la lápida, mas habiéndose negado constantemente los Padres á cometer ese acto

de impiedad, fué colocada en la puerta de la iglesia el 9 de octubre de 1731, y renovada en 1749, porque el obispo de Juliópolis habia impedido á los cristianos asistir á una procesion hecha en honor de un ídolo, y á la cual queria el rey concurriesen. Sin embargo, ni el colegio ni la cristiandad sufrieron casi nada en esta nueva circunstancia. Finalmente, un sacerdote, arrebatado de un celo extraordinario, rompió la lápida á principios del año 1760; y como ocurrió la invasion de los barmas, nadie pensó en denunciar á los misioneros; siendo de notar que el barrio del seminario de San José en Siam fué el único que, como por milagro, se preservó del incendio. No sucedió lo mismo con el hermoso colegio de Mahapram, que todo fué abrasado, no quedando del edificio mas que las piedras. Parte de la cristiandad se dispersó, en lugar de ir á buscar un asilo en la iglesia católica, y cayó en poder del enemigo.

Habiendo pasado un príncipe fugitivo de Siam por Hondat, á cuyo punto habia sido trasladado el colegio de Siam, fueron acusados los misioneros Artaud y Pigneaux de haberle dado hospitalidad y facilitado recursos para que pasara á reunirse con el rey de Camboge. El gobernador de Cancao los mandó prender, y marcharon con aire sereno y tranquilo al sitio donde los llevaron. Los esbirros acostumbrados á no ver en tales casos mas que lágrimas ni á oír mas que lamentos, no podían menos de manifestar la admiracion que la paciencia y alegría de los presos les inspiraba. Uno de aquellos quiso saber el motivo de un fenómeno que no estaba á su alcance y les dijo: «Yo me tomo la libertad de preguntar á los Padres por qué van tan contentos, siendo así que es á una prision á donde los conducimos.» Dijéronle la verdadera causa de su alegría, pero no la comprendió. Los cristianos, al saber la noticia de este arresto, corrían presurosos á echarse á los pies de los presos, besándolos respetuosamente y regándolos con sus lágrimas,

mas, y en las casas de los cristianos se dió de comer á los soldados que los custodiaban. El P. Pigneaux, que era el superior del colegio, se aprovechó de aquellos momentos para dar varias instrucciones á fin de que el buen orden no se alterase durante su ausencia, y que sirviendo de superior la regla fuese respetada y observada esactamente como antes. No tardaron en embarcarse para Cancao.

A poca distancia vieron los misioneros venir una nave directamente á ellos. Era un mandarín, que el hijo del virey, impaciente por saber la verdad de boca de los Padres, enviaba á interrogarles. Artaud tomó la palabra, y dijo al enviado: «Si deseais saber lo que ha sucedido, os lo diremos con claridad y en pocas palabras. El príncipe siamés llegó á Hondat hará como unos treinta dias. Rogóme sucesivamente que le permitiera pasar al colegio, y no lo consentí; que yo fuese á verle al barco donde estaba, y no quise ir; por último, que señalase un sitio donde pudiésemos tener una entrevista, y tampoco accedí. Me he portado de este modo, porque no queria ofender al virey, y porque habiéndome dedicado á la soledad y al retiro, no me permite mi profesion tomar ninguna parte en los negocios del mundo, y mucho menos en los de los príncipes. Hacedme, pues, el obsequio de referirselo así al virey y al gran príncipe, su hijo, y aseguradles que no hay razón, ni pretexto plausible para acusarnos.» El mandarín prometió referir con toda puntualidad cuanto acababan de manifestarle. Los presos llegaron á Cancao por la mañana á la hora del mercado, y el populacho corria á verles, siendo la primera vez que se ofrecía á su ojos el espectáculo de unos sacerdotes vestidos con sotanas negras y llevados entre filas de soldados. En esta disposicion tuvieron que atravesar los arrabales y toda la ciudad para llegar á la prision.

La corte tuvo noticia de lo que el misionero habia contestado al primer interrogatorio,

y mandó que se volviese á interrogarle nuevamente. Viendo los jueces que nada mas podían hacerle decir que lo que anteriormente habia declarado, trataron de intimidarle con el tormento. Mas el Padre, conservando su serenidad en medio de aquellas amenazas y preparativos, les dijo: «He dado testimonio á la verdad, y todos los tormentos no podrán arrancarme una mentira: así lo espero de la gracia del Todopoderoso, que es toda mi fuerza y mi apoyo.» Condujeron á los presos á casa del primer juez, el cual, despues de un largo preámbulo, les dijo que habia oído á los acusadores; que se sabia cuanto habia ocurrido, y que no tenían mas remedio que confesarlo ingenuamente, acogerse á la misericordia del virey y no ponerle en la precision de emplear la mayor severidad. El Padre, á quien se consideraba como mas interesado en el asunto, respondió: «Nuestra Religion nos prohíbe hasta la mas leve mentira: todas las riquezas del virey por un lado, y todos los tormentos imaginables por el otro, no podrian hacerme fallar á la verdad. Repito, pues, por lo tocante al príncipe siamés, lo que anteriormente he manifestado.» En vista de esto, los soldados condujeron de nuevo los PP. á la cárcel, y el juez presentó su informe al virey.

Al cabo de algunos dias los misioneros fueron presentados al prefecto, el cual les dijo que el virey le encargaba les manifestase la grande estima que les profesaba, porque conocia su probidad; que los declaraba inocentes y dotados de toda especie de virtudes; que sabia muy bien que los misioneros abandonaban sus familias, sus bienes, amigos y patria, para venir á aquellas regiones á anunciar la verdad; que al misionero que habia respondido en este asunto le suplicaba fuese á Camboge é hiciese todo lo posible para traerse al príncipe siamés. Artaud aceptó el encargo, pero con las condiciones siguientes: 1.º que antes de su marcha darian libertad á Pigneaux; 2.º que el gobernador daria palabra de no causar daño



alguno al príncipe; 3.º que por su parte no se comprometía á mas que á traer fielmente la respuesta del príncipe; y 4.º que desempeñaría esta comision sin título alguno de embajador ó enviado. Aceptadas estas condiciones, los misioneros fueron puestos en libertad y declarados por sentencia pública, no solo inocentes, sino hasta recomendables por su virtud y caridad.

Al emprender Artaud su marcha para Camboje recibió mil atenciones de parte del gran príncipe, y este le suplicó que no le guardase resentimiento por haberle mandado prender. El misionero respondió que siempre conservaría respetuosa afeccion al virey y al gran príncipe; pero por otra parte, no creyese que él era como los adoradores de las falsas divinidades, que no reciben socorros cuando el infortunio los acosa; que el verdadero Dios, á quien él adoraba, no solo le habia fortalecido y consolado en aquel trance, sino que además le habia hecho hallar una verdadera dicha, donde los demas no encontraban sino amarguras, penalidades y desesperacion. El gran príncipe, que le oia con admiracion, levantando los ojos y las manos al cielo, exclamó: «El Dios de los cristianos, es el Dios Todopoderoso; es el Dios del cielo.» Artaud salió para su destino y regresó al cabo de algun tiempo, pero sin traer al príncipe siamés. Así es, que luego vino un soldado, que despues de saludarle, le dijo: «Padre, tomaos la molestia de venir conmigo. El virey ha mandado que se os vuelva á poner preso, y con la canga.» El misionero le siguió sin manifestar la menor alteracion, y el P. Pigneaux sufrió tambien la misma suerte. Tan notable ejemplo de resignacion en la voluntad de Dios aumentó el fervor de los cristianos, y contribuyó á la conversion de algunos idólatras. Al fin, despues de tres meses de prision, volvió el gobernador á poner en libertad á los misioneros, dando nuevo y público testimonio de su inocencia.

Las pagodas de Siam, los mas hermosos

monumentos arquitectónicos de la India, y cuyo número era prodigioso, habian sido enteramente arruinadas, no quedando en pie sino aquellas en que residian los talapuinós. Los ídolos de metal habian cambiado de forma; pero su metamorfosis no era maravillosa. Los minaretes ó pirámides habian sido demolidas y reducidas á cenizas; el oro de que estaban cubiertos no les habia podido garantizar de la destruccion. Los bonzos habian abandonado sus guaridas, despidiéndose de sus dioses la mayor parte de ellos. La tela amarilla con que se vestian no era ya honorífica ni prometia ganancia de ningun género. Estas felices innovaciones se habian verificado por todas partes á donde el nuevo rey habia conducido sus armas.

Parecia cercano el venturoso dia en que la gracia iba á triunfar de las tinieblas de la idolatría en aquellos países infieles. Los siameses, naturalmente solapados, tímidos, falsos, hipócritas y aduladores, se iban sensiblemente corrigiendo de estos vicios. Muchos de ellos pedian ser instruidos, y su conducta disipaba la prudente desconfianza de los misioneros acerca de sus buenas disposiciones. Asistian con notable asiduidad á la oracion de la mañana y de la tarde sin consideracion á respetos humanos. Sin cesar se les habia repetido que nadie debe avergonzarse sino de obrar mal; que no hay un honor mas envidiable que el de ser cristiano; que poder llamarse hermano de Jesucristo vale mas que todas las dignidades de la tierra; y al fin, parecia que el Espíritu Santo se habia dignado hacerles comprender estas verdades. Cierta neófito decía en una ocasion: «Consideráse como un deber el no contraer alianzas que desdigan de nuestra alcurnia y el perpetuar cada uno su familia; pues bien, un cristiano que se casa con una idólatra, mancilla la nobleza de su origen; esta union es semejante á la del hierro con la plata, y no puede dar un resultado feliz.» Los cristianos viejos eran tambien mejores,

y daban mayor aprecio al glorioso nombre con que se honraban. Una jóven desechó el enlace que un mandarin solicitaba contraer con ella, porque su categoria, decía, era mucho mas noble que la de un mandarin, pues á sus ojos era mas grande el cristiano mas pobre que el mas encumbrado monarca siendo gentil. Las oraciones públicas de los neófitos despertaban la curiosidad de los idólatras; lo que veian y oian les daba márgen á reflexionar, informábanse de la Religion y discurrían acerca de ella. El rey mismo dijo públicamente, y en presencia de los talapuinós, que la Religion de los cristianos no era comparable con ninguna otra ni habia tampoco sacerdotes como los suyos.

Este monarca honró al misionero Corre con una visita, lo cual jamás habia sucedido á ningun misionero desde el establecimiento de la Religion en Siam. Los mandarines no habian puesto jamás los pies en el recinto del seminario por consideraciones al mismo obispo. Despues de varias demostraciones de afecto á su persona y de aprecio á la Religion, el rey le preguntó en qué consistia que los sacerdotes cristianos no prohibian matar á los animales. Corre respondió que el Soberano dueño de todo lo habia criado para uso del hombre; que en esta persuasion estaban todos los pueblos; y que sin aquella destruccion parcial y sucesiva, la tierra llegaria á contener un excesivo número de animales que acaso conseguirian exterminar á la raza humana. El rey se mostró satisfecho de esta contestacion. ¿Y era posible que con tales disposiciones por parte del príncipe y del pueblo se abandonase la mision de Siam?

El resto de la India habia tenido tambien la dicha de glorificar á Jesucristo. Los grandes progresos que la Religion hacia diariamente en Pondichery debian de alentar el celo de los misioneros. En 1700 no se veia en aquella ciudad ningun malabar cristiano; y en 1725 contábanse ya tres mil. Solo el

P. Turpin bautizó desde el 12 de octubre de 1724, hasta la misma fecha del año siguiente, seiscientas y una personas pertenecientes en su mayor parte á la clase de los *chutras*, considerada hasta entonces como de las mas difíciles de convertir. A una legua escasa de Pondichery, en un sitio llamado Ariancoupan, habia una hermosa iglesia consagrada á Jesucristo bajo la invocacion de su Santa Madre María, y en ella se practicaban piadosos ejercicios. Durante todo el año concurría á esta iglesia una edificante muchedumbre de fieles, que iban á cumplir con los sólidos deberes del cristianismo; pero esta concurrencia llegaba á ser casi inmensa en los ocho dias que preceden á la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. La víspera de la festividad, que es el dia en que termina la novena, la juventud malabar representó en 1725 una tragedia titulada el *Martirio de Santa Inés*. Es estremada la aficion que en aquellos climas profesan al teatro: los buenos poetas gozan de gran consideracion entre todos aquellos pueblos, que nada tienen de bárbaros: la poesia goza en la India del favor de los poderosos, los cuales conceden á sus protegidos los honores de usar de palanquin, que es una de las mas brillantes distinciones. El teatro edificado en una llanura cerca de la iglesia, era vasto, y aunque no podia decirse que en la tragedia se hubiesen guardado con escrupulosa exactitud las reglas de Horacio ni de Boileau, notábanse sin embargo en ella actos bien marcados y separados por intermedios bien dispuestos; ofrecia escenas bien enlazadas, habia novedad en las decoraciones y no poco ingenio en el desarrollo del plan: notábase tambien bastante gusto y sobre todo decoro en los trages, y contribuían á aumentar el interés la variedad y precision de los bailes, y la música que, aunque algo rara, era sin embargo muy armoniosa. Los actores manifestaron mucha soltura y dignidad en la declamacion, como que, para que así fuese,